

Henrique Urbano (comp.): *Modernidad en los Andes*. Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas". Edición al cuidado de Mirko Lauer. Cusco, Febrero de 1991.

La modernidad, tema siempre presente en el debate contemporáneo, ocupa un lugar relevante en los últimos años, luego de la publicación de dos textos fundacionales: *La Condición Postmoderna* (1979) de Jean François Lyotard y *El Discurso Filosófico de la Modernidad* (1985) de Jürgen Habermas.

El tema retiene atención académica en el mundo. En América Latina, simultáneamente, debido a las necesidades del crecimiento, se reemprende la discusión alrededor del paradigma de la modernización que la crítica formulada por los dependentistas había puesto en cuestión. De otro lado, por desgracia, el tema de lo moderno en el Perú se cargó de ideología en el lenguaje político de Vargas Llosa: para muchos modernidad se confundió en nuestro medio con modernización capitalista.

En este marco se realizó el coloquio internacional *Modernidad en América Latina y en los Andes*, organizado por el Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas del Cusco (Lima, 13-16 de Febrero, 1990) y que acaba de aparecer bajo la forma de libro¹. Primer mérito de este coloquio:

-
1. El libro se inicia con dos textos no debatidos en el coloquio: de H. Urbano: "Modernidad en los andes: un tema y un debate", y de Mirko Lauer: "La modernidad: un fin incómodo". Siguen las ponencias, comentarios y debates en el siguiente orden. Miguel Giusti: "Modernidad sin alternativas: sobre las condiciones de la racionalidad en Jürgen Habermas" (comentario de Antonio Peña); José Ignacio López Soria: "Tres entradas al debate sobre

permitió clarificar conceptos cuando era urgentísimo hacerlo. Pero si el tema de la modernidad es relevante en la reflexión académica mundial, una pregunta singular se impone: ¿por qué en el Perú nos aferramos a reflexionar en términos de identidad y cultura cuando, como dijimos, el debate contemporáneo sobre estos tópicos gira alrededor de modernidad y postmodernidad?. Indudablemente este problema pertenece al campo de una disciplina que no ha tenido mayor desarrollo en la sociología peruana contemporánea: la sociología del conocimiento, disciplina que reclama un mayor interés.

Establecidas estas consideraciones previas, aventuraré algunas reflexiones a partir de las ponencias, comentarios y debates que el libro contiene, y a partir de estas ideas ensayaré algunos apuntamientos sobre las implicancias que el tema de la modernidad pueda comportar para la sociología contemporánea peruana.

Con respecto al libro que ahora nos ocupa me veo obligado, más que nunca, a dejar sentado de antemano que un comentario no puede ser supletorio de la lectura de una obra; menos en un libro de la riqueza de *Modernidad en los Andes* que desnuda las preferencias de un comentarista y que por lo tanto hace evidente sus limitaciones. No se puede efectuar una reseña convencional de un libro que es protéico por la pluralidad de las entradas, por las múltiples intervenciones en los debates, con sapiencia, en asuntos de gran interés, por la diversidad de disciplinas involucradas, etc. Y así, un interrogante surge central en un comentario que pretenda globalizar lo que fue abigarrado: ¿qué posibilidades y dificultades comporta en el Perú un debate sobre el tema de la modernidad?. Esa fue la cuestión central que se discutió en el coloquio, y

la modernidad (Lyotard, Habermas, Heller)" (comentarios de Pepi Patrón y Alfonso Ibáñez); Michael Löwy: "La crítica marxista de la modernidad" (comentarios de Héctor Béjar y Carlos Calderón Fajardo); Aníbal Quijano: "La razón del Estado" (comentario de Guillermo Rochabrún); Josep Fontana: "Modernidad y progreso en la España de las 'luces'" (comentario de Christine Hünefeldt); Efraín Trelles: "Modernidad signo cruel: curso y discurso de modernizantes peruanos (s. XVIII-XIX)" (comentarios de María Isabel Remy y Nelson Manrique); Gonzalo Portocarrero: "El psicoanálisis, las ciencias sociales y el mundo popular" (comentarios de José Sánchez-Parga y Rodrigo Sánchez); Carlos Franco: "Exploraciones en 'otra modernidad': de la migración a la plebe urbana" (comentarios de Rodrigo Montoya y Alberto Adrianzén); Reynaldo Ledgard: "Condición urbana y modernidad" (comentarios de Wiley Ludeña y Gustavo Buntinx); Juan Martínez Alier: "La interpretación ecologista de la historia socio-económica: algunos ejemplos andinos" (comentarios de Juan Torres y Gerardo Ramos. Comentarios finales de Max Hernández, Mirko Lauer y Julio Cotler.

aunque José Ignacio López Soria diga que pertenecemos a este mundo y que por tanto nada de este mundo nos debe ser ajeno, lo cierto es que muchos dudan de la pertinencia de este debate en el tratamiento de nuestros problemas. Este aspecto nodal condiciona nuestro comentario.

Un primer hecho importante es que el tema de la modernidad se suele ubicar en el campo de la filosofía. Es un tema propuesto desde la filosofía a la sociología (y a otras disciplinas). Ello supone relaciones entre ellas, trasvase de problemas, lógicas y aparatos conceptuales. Esto nos conduce a referirnos a un tema fundamental de la filosofía contemporánea y de la filosofía peruana actual —así como lo es también para las ciencias sociales en general—: el tema de la *racionalidad*.

Nos parece que allí también hay un aspecto importante en relación al libro que ahora comentamos. Hablar de racionalidad es sinónimo de razón, y claro está, de irracionalidad. Y hablar de razón o del autocercioramiento de su existencia es referirse a la modernidad. La sociología admite en su campo el tema de la racionalidad, y consiguientemente la problemática de la subjetividad. ¿Pero entonces por qué la resistencia a admitir el tema de la modernidad?. Claro que estamos partiendo del hecho que la sociología tiene un campo delimitado claramente, pero si esto fue así alguna vez ya no lo es tanto. Lo que posee nuestra disciplina es un aparato conceptual y una práctica basada en perspectivas epistemológicas que, justamente, la matriz interdisciplinaria (filosófica, estética, literaria, etc.) del discurso crítico de la modernidad ha empezado a poner en cuestión. A esto se suma el debate sobre los paradigmas (y su crisis), que a partir de la obra de Kuhn obliga a revisar las bases epistemológicas relacionadas con la producción de conocimiento.

¿La racionalidad?: ¿qué racionalidad?. La filosofía parte de que el concepto es multívoco y que es relevante como problema por sus vinculaciones con fenómenos socio-culturales como el progreso, la violencia o la moral, y para nosotros por su relación con el tema de la cultura andina. Y de allí que un punto crítico en este debate —por algo que tiene status de verdad incontrovertible en nuestra comunidad científica— sea la idea de la existencia de dos racionalidades enfrentadas: la racionalidad andina y la racionalidad occidental. Como la razón está en el centro del tema de la modernidad, de allí las resistencias a la lógica de lo moderno y las dudas y resquemores sobre la pertinencia del tema en la reflexión peruana. Esto, que se reflejó por momentos en el coloquio que ahora comentamos, obligó a que en la introducción al libro Henrique Urbano procediese a un zanjamiento conceptual severo al respecto.

Obviamente aquí es necesario aclarar que la resistencia posible sería a uno de los momentos del discurso de la modernidad. Los “modernos” Marx, Weber (o Freud) no son cuestionados, ya que esto significaría deslindar con los fundamentos teóricos de la sociología; estos autores corresponden a la modernidad “madura”. Lo que está en cuestión es la aceptación de la modernidad *tardía*, aquel discurso sobre la modernidad que supone su negación radical, o la que afirma que la razón (occidental) es universal. De un lado, la postmodernidad, si queremos llamarla así, y de otro los esfuerzos de refundación de la razón, que van desde la incorporación al debate del “mundo de la vida” en Husserl hasta el paradigma de la “acción comunicativa” de Habermas, o la idea de “utopía racional” de Heller.

Me gustaría precisar un par de ideas sobre el particular. Si la situación de la realidad peruana muestra las dificultades de la constitución de la razón moderna como discurso crítico y el fracaso de la revolución tecnológica —que como dice Juan Abugattás, es el proyecto del hombre moderno—, es lógico que no se quiera aceptar el cuestionamiento o la reconstitución de algo que en nuestra realidad no se logró (ni se logra) constituir plenamente. De otro lado, el debate de la modernidad tardía, que es un debate entre modernidad y postmodernidad (Habermas versus Lyotard) viene a ser discutido en el Perú por primera vez cuando las categorías centrales de dicho tema han entrado en crisis; es decir, el tema de la modernidad llega al Perú cargado de cuestionamientos teóricos, de impostura, válidos quizás para otros escenarios, hecho que perturba nuestro debate sobre el particular.

Creo que este es el momento para integrar a este comentario algunas ideas vertidas en las ponencias y debates contenidos en *Modernidad en los Andes*. Quisiera partir de la frase con la que Wiley Ludeña empezó su comentario a la ponencia de Reynaldo Ledgard: “nuestra sociedad se encuentra instalada en alguna modernidad”, y más adelante Ludeña agrega: “posiblemente la sugerencia más importante de esta ponencia y del coloquio, sea el reto de pensar la modernidad desde nuestra particular perspectiva social e histórica”. ¿Pero cuál es “nuestra particular perspectiva social e histórica”? ¿en qué se diferencia nuestra modernidad de la modernidad en general?. En los comentarios finales Mirko Lauer habla que en el coloquio se fundó un nuevo término: el de “modernidad peruana”, ¿pero cómo definirla?. Si está en algún sitio, como dice Ludeña, ¿dónde está?. Reynaldo Ledgard plantea que es en la ciudad, que es en la vida urbana, donde se encarna nuestra condición moderna; ¿está en nuestra crisis de identidad social, como parte de una crisis generalizada de la modernidad en el mundo, como dijo Quijano comentando la ponencia de Gonzalo Portocarrero?.

A su vez, Carlos Franco en su ponencia plantea que nuestra modernidad tiene características de ser “otra modernidad”, fenómeno que entre nosotros tiene como fundamento histórico la migración. Según Franco se trata de “otro proyecto de modernidad”, que a diferencia de los planteados en el debate público puede enraizarse más profundamente en nuestra historia y ser portado por sujetos “excluidos” y “subordinados” por el hoy concluido proceso de modernización. Si bien Franco no habla de “modernidad popular”, como sí lo hace Nugent, la alude. Según Urbano, en su ensayo introductorio al libro, hablar de “modernidad popular” es una criollada, ya que la modernidad es una y nada le impide a un hombre de cualquier latitud del Perú el acceso al discurso de la modernidad y mucho menos a la modernización o industrialización. Tratando severamente la formulación de una “modernidad popular” lo que Urbano realmente está cuestionando es la “otra modernidad”, que es lo mismo.

Pero volvamos a la pregunta de Ludeña: ¿dónde está entonces la modernidad en el Perú? Ahora bien, si desde la “utopía andina” ha habido un cuestionamiento de la modernidad, desde la “modernidad popular” (o desde la “otra modernidad” o como quiera llamársele), independientemente de sus debilidades teóricas, estas propuestas han representado esfuerzos por hallar respuesta académica a algo que ocurre en la realidad y que tiene que ver con las dificultades para la constitución de la razón moderna, afectada por la modernización perversa. Si hablamos de fracaso en estos intentos teóricos, estamos hablando de las dificultades del discurso sociológico peruano para incorporar a la problemática de la modernidad las particulares características de la realidad peruana.

Como vemos, el discurso crítico de la modernidad no sólo está poniendo en cuestión aspectos importantes de la sociología contemporánea peruana, sino está asimismo confrontándose con parte del aparato conceptual en uso. Por ejemplo, en el debate sobre la primera ponencia —la de Miguel Giusti sobre Habermas— al intervenir Quijano y Nelson Manrique se entra a un punto interesante de desacuerdo (entre muchos otros) cuando se confronta la noción de “praxis” con la de “acción comunicativa”. Giusti respondió diciendo que “praxis” es una noción multívoca, pues se refiere no sólo a la producción sino también a la revolución, mientras que “acción comunicativa” da cuenta de los diversos matices de la palabra praxis. ¿Superposición de conceptos, o transposiciones de lenguaje?, ¿“praxis” desde Marx-Lenin, o desde Kant?. En la sociología el concepto tiene un largo trayecto y es en sí mismo polisémico.

Si en una época los sociólogos nos acercamos a la economía y de allí tomamos nociones y conceptos, ahora este debate —el de la modernidad—

nos obliga a una aproximación interdisciplinaria con la filosofía, pero como profundización de problemas que son nuestros. Por ejemplo, cuando Habermas trata de absorber a Weber desde el espíritu del marxismo, Giusti dice que es con la sociología con lo que Habermas pretende un diálogo interdisciplinario.

Indudablemente un tema importante vinculado a la modernidad es la utopía, y no fue ajeno al coloquio, ya fuera para servir en la reconstrucción del proyecto moderno, que es el caso de la “utopía racional” de Agnes Heller, o para cuestionarlo, desde la perspectiva de una visión de la utopía a partir de la tradición romántica opuesta a la de modernidad. Pero liberal o socialista, “utopía” involucra la noción de progreso, y también esta categoría fue discutida y controvertida en el coloquio, como ocurre en el mundo en general.

Lo mismo ocurrió con la problemática del Estado y su vinculación con la modernidad, que Quijano vinculó en su ponencia con la razón instrumental, con la crisis de la categoría de totalidad y la problemática de lo público y lo privado. Quijano planteó la relación entre modernidad y poder; al comentar esta ponencia Rochabrún encontró deficiencias, y analizando la concepción de Estado que hay en Marx se preguntó si es posible que el Estado se extinga. Coincidió con Quijano que desde lo público-social se puede jaquear al Estado. Poner a lo público-social o a la sociedad civil en el centro de la escena, me recuerda de alguna manera a Husserl y a su intento de reconstrucción de la razón a partir del “mundo de la vida”. Esto, que también está en Heidegger, ha sido introducido hace poco en el debate sociológico en el Perú por Guillermo Nugent; la búsqueda de fundamentos filosóficos a la “modernidad popular” se hace evidente como escenario de consenso entre argumentaciones (Habermas).

Finalmente, con la ponencia de Gonzalo Portocarrero sobre el trabajo de César Rodríguez Rabanal —una de las ponencias debatidas con más interés, y no era para menos pues era la que con más fuerza descendía a la realidad— se discutió un tema importantísimo: el de la identidad. El discurso de la modernidad en el Perú y el concepto de identidad es un debate sustancial que está pendiente y que el coloquio no resolvió, como tampoco se discutió a fondo el tema de la postmodernidad.

El ensayo de Enrique Urbano que sirve de entrada al libro merece un acápite especial. En primer lugar, no orienta al lector sobre el coloquio a partir del comentario de las ponencias; más bien se suma como una más, como una

“ponencia” crítica que no pudo ser discutida en el evento ya que recién aparece ahora en el libro. Ponencia o ensayo, el trabajo de Urbano contiene méritos y aspectos observables. Esclarece la extraordinaria polisemia del concepto modernidad, sobre todo en aspectos claves: en la vinculación existente entre tecnología y modernidad, en la relación tradición-modernidad, o entre religión y modernidad, entre otras definiciones. Y es fundamental cuando explícitamente se pregunta si es posible hablar de modernidad en los andes. Para Urbano lo que habría es una *razón andina*. Asumida como hipótesis esta razón andina se basaría en una estrategia socio-política de apertura a todo lo ajeno que en los andes hubo como costumbre en el hombre prehispánico, y a la cual se le opuso el discurso dogmático y sectario del español del siglo XVI. Nada de lo andino, del hombre que habita el espacio de los andes impide, según Urbano, el acceso al discurso de la modernidad y mucho menos a la modernización o a la industrialización. Por lo tanto para Urbano, más que hablar de “utopía andina” habría que hablar de “modernidad en los andes”.

Por desgracia, y pese a lo interesante de su argumentación, Urbano cae por momentos en la diatriba. En lugar de preguntarse por las razones que propician la aparición de discursos como el de la utopía andina o el de la modernidad popular, cae en el calificativo y en la adjetivación. Personalmente pienso que estos discursos, disyuntivos algunos —el de la utopía andina sobre todo—, surgen del desencanto ante las dificultades de la constitución de la razón en países como los de América Latina y el Perú. Esto hace muy necesario una discusión entre nosotros sobre el tema de la postmodernidad. La utopía andina, la teología de la liberación y la modernidad popular tienen una motivación de similar signo: son voces de oposición a aquéllos que enarbolando la bandera de la modernidad la violan de manera flagrante en estos pueblos, en un mundo donde la universalidad de la razón es puesta en cuestión. En este sentido es importante el tema del “compromiso con los muertos”, legado de Walter Benjamin que a través de Adorno y Horkheimer llega hasta Habermas. Por esto es también relevante el tema de “redención y utopía” como Löwy lo plantea, y como se propuso en el coloquio.

Los comentarios finales al certamen, efectuados por Max Hernández, Mirko Lauer y Julio Cotler, son un capítulo que merece ser especialmente destacado. Los tres relatores, además de formular su interpretación global, manifiestan el estado de ánimo que les motivó los trabajos en el coloquio. Y la manera como fue expuesto este estado de ánimo es importante porque resume los avatares del tema de la modernidad en el debate teórico en el Perú

Hernández empieza su intervención en los comentarios finales con la siguiente frase: "Voy a compartir mi perplejidad". A su turno dice Lauer: "Lo que esta variedad proteica [se refiere a las entradas del análisis] sugiere, más bien, es el grado de apertura que todos estamos viviendo a partir de nuestra perplejidad. En eso me sumo a las perplejidades de los que la asumen aquí". Y finalmente Cotler afirma: "Para ser reiterativo, diré que si antes de llegar a la reunión estabas inmerso en un mundo de confusión y perplejidades, creo que ahora lo estoy más". ¿Qué se puede deducir?: que el sentimiento que causa discutir la modernidad en el Perú es de perplejidad; las dificultades en la recepción académica del tema de la modernidad representan un problema importante para la naciente sociología del conocimiento en el país. Según Cotler, finalmente, la modernidad en el Perú no sólo genera perplejidad: convoca también pugnas y odios. Según Cotler esta perplejidad reclama la reconstitución de una armonía, de una gran totalidad que lo explique todo para todos.

Antes de concluir este comentario no quisiera dejar de señalar una crítica a una omisión importante en la programación del coloquio: la modernidad en el arte y la literatura, serio descuido si pensamos que para Habermas la idea de modernidad está unida al desarrollo del arte, que para Lyotard existe un triple interés: el arte, la política y el lenguaje, y que en el Perú la modernidad se expresa en la literatura y la plástica de manera nítida, porque, como en el caso de Arguedas, expresa el drama de lo moderno confrontado con lo andino.

Modernidad en los Andes es indudablemente un documento histórico, no sólo por la fascinación que causa lo complejo del tema en un escenario como el nuestro, sino porque será testimonio de lo que la reflexión peruana pudo decir sobre él a fines del siglo XX, cuando asediados por todos los infiernos imaginables estamos por entrar a los años que han de decidir de manera definitiva nuestro destino.

Carlos Calderón Fajardo

ESCRIBEN EN ESTE NUMERO:

CALDERON, Carlos. Sociólogo y novelista. Ha publicado recientemente *El hombre que mira el mar* y *La conciencia del límite último*. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Ingeniería (UNI).

CARRILLO, Juan Carlos y SULMONT, David. Alumnos de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

CASTILLO, Carlos. Sacerdote y sociólogo. Profesor del Departamento de Teología de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

DORIVAL, Rosa. Socióloga y bibliotecaria. Tiene actualmente a su cargo el Centro de Documentación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

GUADALUPE, César. Sociólogo y docente del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica. Master en Pensamiento Social y Político, Universidad de Sussex (Inglaterra).

HELLER, Agnes. Filósofa húngara. Entre sus numerosos libros figuran *El hombre del Renacimiento* y *Sociología de la vida cotidiana*. Actualmente enseña en el New School for Social Research de Nueva York.

ROCHABRUN, Guillermo. Licenciado en Sociología y profesor asociado del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Prepara en la actualidad un libro sobre Temas de Teoría sociológica.